

XXX Jornadas de Investigación del Instituto de Literatura Hispanoamericana
Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires - marzo de 2018

Santa y Matilda: cien años de re-evolución

Bianchi, Paula Daniela
Universidad de Buenos Aires
Facultad de Filosofía y Letras
Instituto de Literatura Hispanoamericana

Cristina Rivera Garza en la novela *Nadie me verá llorar* (1999) parodia al personaje de Santa, novela homónima de Federico Gamboa (1904). Matilda Burgos va a recorrer igual que Santa los años en los que germina la revolución mexicana (1910-1917), serán protagonistas del progreso, de las represiones, del nacimiento del estado nación mexicano desde diferentes ópticas temporales. A partir de esas miradas sus cuerpos y subjetividades presenciarán hendiduras del proyecto nacional que se inicia en el 1900 y continúa hasta la actualidad: el progreso como sinónimo de consumo deviene en la *humanimalidad* de los cuerpos que no valen la pena ser tenidos en cuenta, en el 900 y en 2000 también, a partir de la intervención del Estado, las trampas del poder punitivo y de la medicina.

Santa y Matilda desde distintos inicios de siglos traspasan las fronteras mexicanas marcadas por una “violencia expresiva” (Segato, 2014) en aumento donde son los cuerpos los que se duelen: “*Es el olvido del cuerpo, tanto en términos políticos como personales, lo que le abre la puerta a la violencia. Son los ex humanos los que la atravesarán*” (Rivera Garza, 2011: 77).

Lo político y lo literario se cruzan en ambos textos a través del paso del tiempo, unidos en una revolución permanente que traspasa las “fronteras filosas y sangrientas” (Valencia, 2010) de la cotidianidad mexicana. Las tecnologías y la modernización transportan a Matilda en tren desde su pueblo a la ciudad para presenciar el desmoronamiento revolucionario, mientras Santa llega en carro al prostíbulo, situado al lado la pulcra carnicería. Dos escenarios que con cien años de distancia ¿anticipan? o refuerzan la negación de las ciudadanías descuidadas por el sistema jurídico y la participación estatal. Me refiero con esto a las fronteras de los entresiglos, fronteras geográficas, tanto Santa como Matilda llegan a la ciudad desde pueblos alejados del

progreso y de la revolución porfiriana, hablo de fronteras temporales, donde una es escrita desde la misma revolución la otra casi cien años después reescribe esas fronteras pero también enfrenta otras, las actuales, hablo de “la Bestia y la cosecha de mujeres”. Rivera Garza respecto de Santa escribe al igual que Gamboa en los cambios de siglo, en este caso, la revolución mexicana perdura disfrazada en necropolítica en la emblemática Ciudad Juárez donde otros cuerpos como el de Santa y Matilda continúan sujetos a la violencia unilateral de las fronteras como productos de consumo.

Si Gamboa con la novela Santa cuya protagonista es una prostituta, gana dinero con el brinca con su esposa porque se transforma en una novela fundacional y además es el primer *bestseller* mexicano logra también hacer de ello un cruce entre literatura y lo político. Es decir, consigue que Santa sea una novela ejemplificadora, punitiva al goce y al trabajo sexual y también porque en ella resalta las maravillas monumentales del México revolucionario. Escribe en su Diario el 14 de febrero de 1902: “Al fin del mediodía, alcanzó término y remate la novela de mi pobre pecadora Santa. Si a augurios vamos, el libro vivirá. ...Notificada mi mujer de la terminación de mi obra, va hasta mi mesa, sirve dos copas, y solos ella y yo, brindamos porque Santa llegue a vieja, y con la narración de su endiantrado vivir nos agencie montañas de pesos, la cordillera de que habemos menester para que subsistamos sin servir ni a reyes ni a roques (iii, 1995: 89). No obstante Rivera Garza un siglo después hace algo similar pero de modo deconstructivo. Escribe en *Dolerse*: “El cuerpo dolorido habla (...) entrecortadamente, titubea, tropieza, pausa. Hay que encontrar una manera de representar (...) que encarne esa manera de hablar” (2011, 37). Con esta cita, Rivera Garza entreteje lo político con lo literario, ella hace una fuerte crítica del porfiriato, del encierro y el dolor de los cuerpos de las mujeres sin ciudadanía y de los varones desviados también del régimen y por lo tanto castrados ciudadanamente hablando para la nación. Ella narra el dolor de la historia del 900 y también de la historia actual a través de los cuerpos del dolor. El desierto en el que se encierra Matilda con su amor extranjero y los cuerpos muertos en esas explosiones recuerda a la Ciudad Juárez de *Dolerse*, pero también al encierro de la Castañeda, ese manicomio monumental que inaugura Porfirio Díaz en 1900 donde terminaban todos los cuerpos del dolor: el de las sifilíticas, prostitutas, locas, madres solteras, pobres, morfinómanas e incluso los médicos y enfermeras que nunca podían escapar porque siempre estaban “al margen de la Historia” (Rivera Garza, 1999, 26), pero también reescribe el padecimiento de Santa, violada en el pueblo bucólico donde

nació, expulsada por su madre y hermanos, reinando en el mejor prostíbulo de la ciudad de México hasta acabar en las alcantarillas enferma y terminando en la mesa de autopsia de un hospital pagado por un ciego ante las miradas exploratorias de los médicos.

En *Nadie me verá llorar*, Rivera Garza pone en tensión y por lo tanto *en duda el progreso, la sexualidad y la locura*. Una de las mejores formas que tiene de hacerlo es parodiar la novela de Gamboa. Si bien Gamboa como varios escritores de la época mata a su personaje en busca de la redención sin quererlo logra dejar rastros ínfimos pero rastros al fin de una Santa transgresora para 1904 que Rivera Garza no duda en tomar para enfrentarla con Matilda quien la representa en unas performance del prostíbulo la Modernidad. Matilda a diferencia de Santa nunca se redime, sino que cuando se cansa de querer ser rescatada, se vuelve a recluir en el manicomio y no vuelve a hablar. Recordemos que cuando no encaja en ningún sitio, ni en la casa de su tío, ni en la primera médica universitaria mexicana, ni en la fábrica de cigarrillos, entre otros sitios, ni en el prostíbulo es encerrada en La Castañeda. En la novela Santa no se habla del manicomio como en la novela de Rivera Garza pero es algo muy presente en Gamboa, en su Diario escribe: 14 de agosto de 1935 se lee: Atardecía cuando me asomé a presenciar el crepúsculo en la sierra, desde la ventana de mi dormitorio. Dos alienadas jóvenes, internas de la clínica frontera de mi casa, me saludaron desde el jardincito privado en que las *pobres locas* se pasan varias horas del día, *vigiladas por robustas* enfermeras. Les devolví el saludo y una de ellas, con su mala voz, púsose a cantar la popular canción que Agustín Lara compuso para mi Santa y todavía al concluir, me la ofrecieron ambas y ambas tornaron a saludarme... Es decir, que a pesar de su razón perdida, en raptos de lucidez me identificaron a la distancia, quisieron halagarme... Más que halagarme, me impresionaron hondamente con ese calderón de lucidez en sus cerebros desequilibrados (1995: 322). En este sentido, Matilda y Santa son desordenadas y desobedientes, y a pesar de los esfuerzos de los 100 años de tiempo que las separan terminan sin hablar, por muerte o por decisión propia. En ambas novelas la revolución funciona como la solidificación del Estado mexicano, pero también en los 2000 mientras escribe la novela el Estado genera otros mecanismos de exclusión: Ciudad Juárez (en la novela *La muerte me da* (2008) lo que hace la autora es un proceso inverso, es una asesina en las fronteras de la noche y de la ciudad la que mata hombres y los castra, porque siempre queda esa pregunta “¿por qué siempre la víctima es femenina?”).

Pero no termina ahí *Nadie me verá llorar* sino que continúa en las otras novelas, cuentos y ensayos de Rivera Garza, donde los cuerpos son “sin manos o sin orejas o sin narices. (...) invisibles, incapaces ya de reclamar sus maletas en las estaciones de autobuses a donde sí llegan sus pertenencias (...) Esto es la versión actual de un tipo de horror moderno” (2011, 11). Los cuerpos son torsos y recuerdo la experiencia contada por Sayak Valencia y también hace quince días por mi amiga Nayla Vacarezza. Trozos de cuerpos donde como dice en *Dolerse* el horrorismo (Cavarero, 2009) de esos cuerpos es un espectáculo del poder más extremo. Por eso en *Nadie me verá llorar* fragua los cuerpos excluidos de ciudadanías, de género, de razón, pero más adelante ya excluidos de todo en extrema fragilidad como lo deja claro en la última novela *Había mucha neblina o humo o no sé qué* (2017) es decir, una Comala o Ciudad de México de la intemperie brutal, de muertos parlantes, de cuerpos que hablan desde sus miembros esparcidos y un Estado que cuenta cuentos de humo “porque la diferencia entre el amparo y la intemperie es esa línea delgada”.

En este sentido, Gamboa anticipa estos mataderos de cuerpos dolientes sin sospecharlo tal vez, que retoma Rivera Garza en el siglo XXI, al inicio de la novela cuando Santa llega al burdel esta es la descripción:

Del taller de los monumentos sepulcrales, de las cabrerías italianas y de La Giralda salían, alternados, los golpes de cincel contra el mármol y contra el granito; los martillazos acompañados en el cobre de cazos y peroles; y el eco del hacha de los carniceros ... Los vendedores ambulantes pregonaban a gritos sus mercancías ... Aquí se enfatiza el marco de la producción y circulación de mercadería. También con la descripción de la Giralda:

carnicería a la moda, de tres puertas, piso de piedra artificial, mostrador de hierro y mármol, con pilares muy delgados para que el aire lo ventile todo libremente; con grandes balanzas que deslumbran de puro limpias; con su percha metálica, en semicírculo, de cuyos garfios penden las reses descabezadas, inmensas, abiertas por en medio, luciendo el blanco sucio de sus costillas y el asqueroso rojo sanguinolento de carne fresca y recién muerta; con nubes de moscas inquietas, voraces, y uno o dos mastines callejeros, corpulentos, de pelo erizo y fuerte, echados sobre la acera, sin reñir, dormitando...

En contraste Santa ingresa al burdel con 15 años, y la colocan en una vidriera del mismo modo que la carne que se vende en La Giralda mientras es autenticada por la libreta sanitaria que le extiende el Ministerio de Salud Pública.

La carne de res y la carne de las prostitutas circulan como mercancía cotidiana ante la mirada de los compradores. Y como los cuerpos en serie que representa Rivera Garza en la novela cuando los obreros hacen huelgas o trabajan en la fábrica de cigarrillos, lo que marca la diferencia es que Matilda elige con quién sí y con quién no y también cuándo retirarse del trabajo sexual para hacer otra cosa. No solo Santa es mercancía y se torna consumo sino también sus hermanos proletarios: «a la *esclavitud mansa de bestias humanas* que practican la honradez, a fin de huir de las malas tentaciones» quienes desean conquistar el mundo alejándola del brutal “vampiro”.

De una manera u otra volvemos al territorio, a los cuerpos desperdigados en las fronteras de los tiempos y de la patria, o de la nación. El día del Grito. El día de la independencia mexicana en la novela festejan de diferentes modos: Las nociones de Patria se confunden con el himno nacional, con la carne (la del pecado) y con el champagne que venden en el Tivoli, con fiestas floridas: Para el torero Jarameño la patria es Andalucía, para la “chusma” el Palacio Nacional frente a la plaza central: El Zócalo. Y para Santa, la patria es mirar hacia atrás y sentenciar que es la casa de Elvira, es decir el prostíbulo. La patria en Santa es del pueblo, de los andaluces y de las prostitutas. Es un territorio prostibular y extraño.

Para Matilda es el margen de la Historia, es el contorno de la ciudad, su cuerpo y su subjetividad nunca alcanzan la ciudadanía, quedan en los lindes: “haré de ti una buena ciudadana” le dice su tío cuando recién baja del tren y llega a la ciudad, inculcándole la higiene y el trabajo (72) proyecto que para el tío fracasa. El proyecto nacional y el proceso modernizador mexicanos están resumidos en esa cita. La ciudadanía de la que fueron excluidas las mexicanas hasta 1928 otorga igualdad de derechos. En este sentido, la formación del ciudadano como "sujeto de derecho" en el porfiriato sólo era posible dentro del marco de las instituciones disciplinarias y dentro de un campo de identidades homogéneas y estandarizadas. La novela *Nadie me verá llorar*, que nació de la tesis doctoral de la autora, retorna a los últimos años del siglo XIX y a las primeras décadas del XX para repensar la problemática de la construcción del sujeto moderno por medio de la configuración de personajes no adaptados a la normalidad social y, por ello, degradados en la historia oficial de México.

Para concluir, Rivera Garza forja la genealogía de las violencias expresivas mexicanas con preguntas inquietantes en sus obras, por eso *Nadie me verá llorar* comienza con dos interrogantes centrales: ¿Por qué motivo se convierte alguien en una prostituta? y "¿[C]ómo se convierte uno en una loca?" (16). Como dije antes, en *La muerte me da* (2008) el personaje de Cristina Rivera Garza se cuestiona: "¿por qué siempre la víctima es femenina?". En *Había mucha neblina o humo o no sé qué* apunta: ¿De qué se hace una identidad nacional? De mentiras, por su puesto" (*Había mucha neblina*, 2017: 59) y en *Despavoridas no* (2015) poema dedicado a Marisela Escobedo, activista social mexicana asesinada el 16 de diciembre de 2010 de un disparo en la cabeza cuando protestaba en la Plaza Hidalgo, Chihuahua frente al Palacio de Gobierno por el femicidio de su hija Rubí ocurrido en 2008 escribe: Balbucir. Trastabillar. Que es quebrarse, entiéndase. Decir: Aquí Decir: Duele. Repetirlo. Que significa no me levantaré. Que es pedir que regresen vivas... que encuentren el camino a casa [...] que despavoridas no "Sentir el peso del cuerpo que no está" (Rivera Garza, 2015: 99-100).

Es decir, los cuerpos de Rivera Garza entrecruzados con lo político y el horrorismo espectacular continúan en una perpetua re-evolución que involuciona que desarticula los huesos "atemperados en palabras", surge así una violencia expresiva que aúna los entresiglos de la intemperie que "va más allá de la ley" y que el Estado lo deja escrito en "Nuestros cuerpos" enfatiza la autora, ¿darse por vencidas? Y en este contexto de necropolíticas y guerras diarias ella lanza un manifiesto. "Ellas y nosotros. Nosotras. Reparando las fuerzas. Con quietud o sin quietud, pero reparando las fuerzas. Alistándonos para la batalla siguiente que es el siguiente día o el siguiente minuto. Éste" (Rivera Garza, 2016).

Bibliografía:

- Cavarero, Adriana (2009). *Horrorismo. Nombrando la violencia contemporánea*. Barcelona: Anthropos.
- Gamboa, Federico (1995). *Mi diario II (1897-1900)*. México: Conaculta.
- Gamboa, Federico (2006). *Santa*. México: Editores Mexicanos Unidos.

- Rivera Garza, Cristina (1999). *Nadie me verá llorar*. México: Tusquets.
- Rivera Garza, Cristina (2008). *La muerte me da*. México: Tusquets.
- Rivera Garza, Cristina (2011). *Dolerse. Textos desde un país herido*. Ciudad de México: Surplus.
- Rivera Garza, Cristina (2015). “Que despavoridas no”. *La imaginación pública*. Ciudad de México: Práctica mortal.
- Rivera Garza, Cristina (2016). “Las miradas que ellas tenían sobre el mundo”. Literal. Disponible en: <http://literalmagazine.com/la-mirada-que-ellas-tenian-sobre-el-mundo/>
- Rivera Garza, Cristina (2017). *Había mucha neblina o humo o no sé qué*. Buenos Aires: Random House.
- Segato, Rita (2014). *Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres*. Puebla: Pez en el árbol.
- Valencia, Sayak (2010). *Capitalismo Gore*. España: Melusina.